

América Latina y los Nuevos Desafíos

Ricardo Lagos

Latinoamérica pasa por un momento estelar en su historia. Cuarenta años atrás, campeaban las dictaduras militares, nos debatíamos contra la inflación, el crecimiento era magro y constatábamos que la sustitución de importaciones, como modelo de crecimiento implantado durante y después de la Segunda Guerra Mundial, estaba llegando a su fin.

Se avizoraba en el horizonte la llegada del neoliberalismo, del mercado como instrumento esencial para dibujar la sociedad que queremos. Las políticas de Thatcher en el Reino Unido y de Reagan en Estados Unidos llegaron también a nuestra América Latina. Hubo crisis y, para muchos, la del ochenta fue la década perdida. De hecho, casi no hubo crecimiento económico. En la década del noventa, no obstante, se consolidaron los sistemas democráticos y todos nuestros gobernantes comenzaron a ser elegidos en las urnas. Con la llegada de la democracia, la pobreza se convirtió en el tema fundamental a derrotar. En esa década, también aprendimos la necesidad de un manejo serio de la economía y, como producto de tantas crisis, los latinoamericanos entendimos la necesidad de regular los sistemas financieros en nuestros países.

La primera década del siglo XXI comienza con grandes perspectivas para América Latina. China encabeza el dinamismo de los países asiáticos con su creciente demanda sobre nuestros productos, en particular de aquellos de América del Sur, lo que ha mejorado nuestros términos de intercambio. A partir del año 2003, América Latina ha alcanzado un ritmo de crecimiento que es más que el doble de la media de los países ricos de la OCDE. De la misma forma, entre los años 2003 y el 2008, el producto de América Latina creció más de un 25% y el número de las familias viviendo bajo la línea de pobreza se redujo del 44 al 35%. Ciertamente, estos hechos demuestran que los latinoamericanos no sólo habíamos aprendido a manejar responsablemente la economía, sino también a utilizar eficientemente nuestros recursos, focalizando el gasto en los sectores más desposeídos.

A modo de ejemplo, a comienzos de los noventa introduje en Chile una beca de retención para los estudiantes secundarios con altas posibilidades de deserción escolar, pero con la condición de que siguieran estudiando. Recuerdo haber comentado este programa con Pablo Renato Souza cuando éste fue nombrado ministro de educación en el gobierno del presidente Cardoso. Ahí nació *Bolsa Escola*, o las transferencias condicionadas, que en la primera década de este siglo han sido un elemento fundamental para combatir la pobreza.

La crisis internacional, la más severa desde 1930, interrumpe el crecimiento de América Latina, la cual, dicho sea de paso, por primera vez no es responsable de la generación de una crisis mundial. Sin embargo, la región se recuperó rápidamente a partir del año 2010 y continuó en la senda del crecimiento económico. En efecto,

en los últimos tres años Latinoamérica ha alcanzado un nivel de crecimiento cercano al 5% y, ahora se señala, con razón, que somos países de ingreso medio. Este nuevo escenario ha reconfigurado el mapa político y social de la región, estableciendo como gran tema las crecientes demandas de las emergentes clases medias. Éstas son, las familias que dejaron atrás la pobreza y sienten que este es un logro de ellas. En consecuencia, Latinoamérica enfrenta un nuevo reto en su horizonte político.

El desafío de la América Latina es doble. Primero, se encuentra el tema de cómo superamos la trampa de los países de ingreso medio, esto es, cómo evitamos caer en la situación de un número importante de naciones que han experimentado un rápido crecimiento económico -que logra sacarlos de la pobreza- pero que no son capaces de continuar creciendo. Segundo, está la problemática de cómo cambiamos la agenda social y pasamos de un énfasis en la mera reducción de la pobreza (lo que habrá que seguir haciendo, sobre todo en aquellos países en que los índices aún no se han reducido drásticamente) a uno que satisfaga a las clases medias que se incorporan con nuevas demandas difíciles de satisfacer, siendo la más importante, la relacionada con la educación superior para sus hijos.

El primer desafío plantea la necesidad de mejorar la competitividad y productividad de la economía, expandir los mercados externos -lo que es esencial para los países pequeños- y fortalecer los mercados internos, desafío especialmente relevante para los países más grandes. En conjunto, estos cambios nos demandan mejorar los niveles de inversión en tecnología e innovación para agregar así valor a nuestras exportaciones, pasando de una economía productora de materias primas a una de productos más elaborados. Las nuevas tecnologías, al mismo tiempo, nos obligan a redefinir el rol de la propiedad intelectual y a definir una postura común como latinoamericanos ante el mundo desarrollado, sobre todo lo relacionado con las patentes. Igualmente, se requiere flexibilizar los mercados laborales, pero a condición de introducir seguridad en los ingresos de los trabajadores. De esta manera, aquellos que quedan desempleados, como resultado de los aumentos de productividad laboral, pueden mantener su ingreso en tanto se capacitan para un nuevo trabajo. Es lo que algunos denominan el modelo laboral de "*flexiguridad*". Muchas de estas tareas mencionadas tienen que abordarse con un entendimiento público-privado, lo que sienta las bases para el liderazgo del estado y de sus instituciones.

Aprendamos del milagro asiático. Países como Corea o Japón, algunas décadas atrás, muestran claramente cómo modelos de convergencia pública-privada generan desarrollo económico a partir de la visión conductora de los dirigentes del estado. Todo ello obliga a generar cambios institucionales donde el estado abandone el rol subsidiario que le da el neoliberalismo y encause la creatividad en innovación que define a los emprendedores del ámbito privado.

El segundo desafío, que consiste en satisfacer las crecientes demandas de los sectores medios, es el más complejo. Por una parte, estos sectores son débiles en tanto tienen temor de volver atrás y caer en la pobreza. Una vejez no bien cubierta

por la seguridad social o enfermedades catastróficas que pueden llevarse todos sus ahorros, son parte de los temores cotidianos que las clases medias latinoamericanas enfrentan. Asimismo, el tratar de imitar el consumo del vecino obliga a estos sectores a endeudarse, lo que genera numerosas dificultades e insatisfacciones. No obstante su debilidad económica, los sectores medios están más empoderados en tanto tienen más conocimiento y acceso a la información a través de las nuevas redes tecnológicas que –como Google, Facebook, y Twitter- les permiten coordinar sus demandas para ser escuchados. Es aquí donde el rol del estado resulta crítico para encauzar estas demandas y garantizar una mayor cohesión social que ponga en el centro de las preocupaciones la redistribución del ingreso. Esto obliga, entonces, a que el estado genere instituciones sólidas no sólo para el manejo macroeconómico responsable, con autonomía de las autoridades monetarias, sino también para enfrentar la corrupción, el crimen organizado, o los desastres naturales.

En suma, América Latina está entrando a un nuevo ciclo en su desarrollo. Para estar a la altura de los desafíos del siglo XXI y enfrentar su condición como región de naciones de ingreso medio, los países latinoamericanos requieren nuevas instituciones políticas que fortalezcan el rol de estado, incrementen la participación de la ciudadanía, y generen crecimiento económico con una distribución equitativa del ingreso y de los bienes públicos que por definición deben estar al alcance de todos. El crecimiento de los sectores medios en la región obligará al estado a expandir su rol, precisamente para enfrentar dichos desafíos y demandas. Dentro de esta nueva agenda social, la educación será el elemento determinante para asegurar la movilidad social que los sectores emergentes exigen. Esto permitirá que dichos sectores sigan soñando que el progreso llevará a sus hijos a tener un futuro mejor que el de sus padres. Si América Latina alcanza esta meta, será una región donde el ser humano importe más por lo que puede llegar a ser que por lo que pueda tener. Este debiera ser el principio rector de hacia donde va nuestra América Latina.